

X

AL GENERAL PAZ

23 de octubre de 1854.

Señores:

He aquí otro antiguo veterano de Mayo que deja un nuevo claro en las filas raleadas por el infortunio y la metralla; he aquí otro atleta de la revolución americana, que cae exhausto de fatiga al pie de su bandera; he aquí al más ilustre soldado de la patria de los argentinos vencido por la muerte, que sólo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo. La espada que ha caído de su brazo, ha resplandecido en su diestra por el espacio de cuarenta y cinco años, y el espíritu inmortal que lo animaba ha volado al seno de la divinidad, dejando impregnada nuestra atmósfera con el perfume eterno de sus virtudes y de sus glorias.

Ya nunca más el nombre glorioso del general Paz se oirá repetir con entusiasmo entre las masas populares; ya nunca más resonará su voz en los campos de batalla, ni será saludado vencedor laureado por las falanges que condujo á la victoria, ni se le verá dictar la ley entre los próceres de la patria y marchar con paso seguro hacia los altos destinos que le esperaban; pero el lamento de un pueblo entero, pero las bendiciones de la posteridad resonarán eternamente en torno de ese melancólico sepulcro, y esta apoteosis sublime de la muerte vale mucho más que las vanas pompas de la vida.

Ese ilustre muerto que descansa por siempre tendido en su sepulcro, jamás aspiró á esas pompas; profesaba la re-

ligión austera del deber: no buscaba la efímera gloria de la popularidad, ni pedía la gratitud, ni temía la reprobación, porque á su conciencia rígida bastaba llenar cumplidamente su deber, y lo ha llenado cumplidamente, como no lo llenó nadie en esta tierra, como no lo ha llenado ninguno de los que en este momento rodean su sepulcro. En presencia de esta tumba, que encierra en breve espacio medio siglo de trabajos y de infortunios, la capacidad militar más vasta de la América del Sur, la gloria más excelsa de nuestra patria, las ideas más elevadas del patriotismo, la probidad más severa, y lo que vale más que todo esto, la virtud más acrisolada del ciudadano; en presencia de ese sepulcro, señores, somos bien pequeños los que lo rodeamos. El general Paz nos lega la más rica herencia de su nombre y de su gloria, y en cambio nada le hemos dado, nada nos ha pedido, ni poder, ni riquezas, ni gratitud, ni nada de lo que puede halagar la vanidad humana; bastaba á esa alma tan bien templada la satisfacción de cumplir con su deber. El no pidió á su patria sino un lugar entre los combatientes de la buena causa; él no pidió el poder sino los medios de servir á su patria; él no pidió á las armas sino la fuerza para hacer triunfar los principios de su credo político; él no pidió al corazón de los demás sino la firmeza para perseverar en la religión austera del deber. Modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación que caracteriza á los hombres predestinados para llevar á cabo grandes cosas, es el tipo, el símbolo más alto del sacrificio sin ostentación, que derrama á manos llenas su existencia á lo largo del camino de su vida, sin esperar más recompensa que la aprobación silenciosa de su conciencia. Por eso ha muerto pobre, por eso ha sido desgraciado, por eso no ha probado en su vida la embriaguez del mando supremo; esta circunstancia es la bella aureola que rodea su frente inanimada, porque para coronar tan noble vida, para completar tan sublimes sacrificios, para hacer comprender que su nombre nada debía á las formas exteriores que rodean al poderoso, era lógico, era necesario que se presentara así á presencia de su Dios, del Dios que le envió á esta tierra infortunada para llenar una mi-

sión de que ha sido el apóstol armado. Sí, era lógico, era necesario que muriese así despojado de ese falso brillo, dejando rica á la tierra con su gloria, y muriendo pobre, sin deber nada á nadie, debiéndole á él todos su existencia y su libertad, porque servicios tan eminentes como los del general Paz, porque virtudes tan excelsas como las de ese ilustre muerto que duerme el sueño de la eternidad, no tiene el mundo precio con que pagarlas. No culpamos por esto á la ingratitud de los pueblos; la Providencia lo ha querido así, sin duda para darnos en ese ejemplo de una existencia tan gloriosa como infortunada, tan pura como borrascosa, una lección viva que muestre de lo que es capaz el patriotismo, y aliente en la escabrosa senda del deber á los que marchan tras sus huellas luminosas. Bello destino que envidiarán las almas fuertes que no ven la felicidad en la satisfacción de sus apetitos: vivir, cumpliendo con su deber; morir, con mansa resignación, envuelto en el manto de una gloria que fué la obra exclusiva de sus altas inspiraciones.

Al fin, reposa en el sepulcro ese infatigable trabajador de nuestra felicidad, que hace cerca de medio siglo no ha tenido una hora de descanso: vivió en medio de las borrascas que nos han agitado, y jamás desertó el puesto de la labor común. Alma sensible, formada para gozar y comprender las dulzuras de una existencia tranquila, ha pasado los últimos cuarenta y cinco años de su larga y fatigosa carrera, ó bajo la tienda del campamento militar, ó en el calabozo del cautivo, ó en las tristes mansiones del destierro: ésas han sido sus posadas sobre la tierra, la postrera es la tumba. Era preciso que así fuese para que el sacrificio magnánimo brillase en todo su esplendor.

Permitidme arrojar una mirada retrospectiva sobre la brillante y melancólica carrera de ese muerto laureado por la victoria y ungido por el infortunio.

Hace cuarenta y cuatro años que esos fríos despojos que yacen en el sepulcro, sustentaban á un joven lleno de vida, de entusiasmo y de esperanzas. La centella de la revolución de Mayo había incendiado su alma en el fuego santo del patriotismo, y poseído de ese noble aliento que templó los

caracteres varoniles, ese joven había ceñido la espada y marchaba á incorporarse á las legiones de la patria en el Alto Perú. Salido de Córdoba, la tierra querida de su nacimiento, ese joven era conductor de las armas con que debían armarse las regiones inermes del Alto Perú, porque en aquella lucha de gigantes los hombres se lanzaban á la pelea sin más armas que sus brazos, y con ellos triunfaban. A treinta leguas de Córdoba, el joven oficial, que no era otro que el mismo don José María Paz, que entonces apenas tenía diez y seis años, se encontró con el mayor Tollo que traía á Buenos Aires la noticia de la batalla de Suipacha, del primer triunfo que coronó las armas de la nación argentina. El joven Paz dijo al mayor Tollo que él marchaba á incorporarse al ejército del Alto Perú, para participar de sus peligros, y ayudar á sus hermanos en la magnánima empresa que habían acometido. El mayor Tollo, parándose sobre sus estribos, con toda la arrogancia de un vencedor le contestó:

—«Ya es tarde: las armas de la patria han triunfado completamente en Suipacha;» y siguió su camino, dejando á Paz desalentado y sumido en la más profunda melancolía. Le he oído repetir varias veces este suceso, y me ha asegurado que casi lloró de tristeza en aquel momento. En su inexperiencia de la vida, en la sublime aspiración de una alma devorada por el amor de obrar el bien, creyó que ya no había lugar en las filas para un nuevo combatiente y que las puertas de la gloria se le cerraban para siempre. No le fué dado en aquel momento presagiar, al través del tiempo, el porvenir de su patria, que, en su primitiva inocencia de la vida pública, creía que había conquistado la libertad y la paz en un solo combate; y sin embargo, ese joven que así desesperaba de los altos destinos que le esperaban al pisar el umbral del templo de la gloria, es el mismo que hace cerca de medio siglo no ha cesado de combatir por los principios de Mayo, es el mismo que en tan largo espacio de tiempo ha sustentado con vigor en su mano la bandera de la civilización en estos países, y cuya espada ha estado dando golpes repetidos sobre las cadenas de nues-

tra esclavitud por el espacio de cuarenta y cinco años, desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 22 de octubre de 1854, época infausta de su muerte.

En el curso de tan larga y fatigosa carrera, el general Paz ha representado dignamente la fortaleza y el sacrificio, de que ha sido siempre la más bella y más alta expresión. Poseía esas cualidades sobresalientes del guerrero y esa fe incontrastable que siempre anima al justo, que inoculan en los pueblos el aliento para salvarse obedeciendo á la mano poderosa que los conduce. En esos momentos solemnes de que está llena nuestra historia, cuando el poder de la buena causa se ocultaba entre el polvo de la derrota, cuando los lauros de la libertad se marchitaban, cuando los corazones pusilánimes renegaban de la esperanza y los cobardes desertaban de las filas, próximas á ser debeladas por la tiranía y la barbarie, allí se nos presenta la noble figura del general Paz con la severa intrepidez que cuenta con los recursos de su genio para levantar del polvo la bandera caída, para reanimar la antorcha moribunda que se apagaba, para templar de nuevo los corazones al calor de su incontrastable corazón, para conquistar nuevos lauros y salvar la causa que parecía perdida.

Tal ha sido la misión que ha llenado entre nosotros ese guerrero que yace inanimado en el sepulcro.

Recorred las páginas inmortales de su vida política y militar, y le veréis constantemente rehaciendo falanges derrotadas para conducir las nuevamente á la victoria.

En 1828, él repara en el interior con sus triunfos los desastres de su partido en Buenos Aires, combatiendo contra los caudillos que atormentaban á los pueblos, y habría tal vez coronado su obra si esa fatalidad que siempre le ha perseguido en medio de sus más gigantescas empresas, no hubiese paralizado el desarrollo de sus atrevidas concepciones políticas y militares.

En 1839, él, obscuro fugitivo de Buenos Aires, que huía, no de la muerte, sino de los favores con que el tirano de su patria pretendía mancharlo, llega al campamento del general Lavalle en los momentos en que el ejército liber-

tador acababa de ser batido en el Sauce Grande, el mismo que más tarde fué derrotado en el Quebracho, y cuyas últimas reliquias se han arrastrado batallando hasta los Andes, marcando su itinerario con un ancho reguero de sangre generosa, hasta conducir á la tierra extraña el cadáver de su heroico general. Mientras esto sucedía, el general Paz organizaba un nuevo ejército libertador en la provincia de Corrientes, que parecía exhausta de recursos; reanimaba el espíritu público decaído, y preparaba modesta y silenciosamente la rehabilitación de la libertad argentina. Cuando todos habían caído, cuando el tirano Rosas aparecía por todas partes triunfante, y cuando parecía que ya nada había que hacer sino tender el cuello á la cuchilla del verdugo, entonces, en ese momento aterrador y solemne el general Paz desplegó la enseña de los libres del otro lado del Paraná, y el triunfo espléndido de Caaguazú, resultado de sus profundos cálculos militares, restableció nuevamente el equilibrio de la lucha contra la tiranía, haciendo concebir la esperanza de un desenlace próximo y favorable.

Cuando ya parecía que tocaba el término de sus arduos trabajos, otra de esas fatalidades que siempre le persiguieron, le separó de la escena pública y todo se perdió en el fúnebre campo de batalla del Arroyo Grande. Montevideo fué entonces la última esperanza, el último refugio, el último baluarte de la libertad y de la civilización del Río de la Plata, y en esos momentos desesperados en que casi todos se preparaban á tender las manos á las cadenas, allí también se presentó sereno el general Paz para clavar con denuedo en lo alto de la brecha la bandera de la nueva Troya, que por el espacio de diez años ha desafiado el poder de Rosas desde los muros de Montevideo, de cuyo centro partió más tarde el movimiento que dió en tierra con él.

Más tarde le vemos otra vez en los momentos del conflicto reorganizar las indomables legiones de Corrientes, reunir bajo sus banderas doce mil soldados, y ser de nuevo paralizado en la carrera ascendente de sus triunfos por otra de esas fatalidades que sólo á él le estaban reservadas. Desapareció él de la escena y todo se perdió. En medio de este

nafragio, la libertad argentina, vencida en todas partes, alzaba el último fanal de la esperanza sobre las murallas de Montevideo, salvadas bajo el escudo de la pericia militar del vencedor de Caaguazú.

Perc aun faltaba la última prueba á esta vida de abnegación y fortaleza, que nunca desertó las causas perdidas, que simbolizaban los altos y generosos principios de su fe política. Restituido al seno de la patria, permaneció tranquilo sobre sus armas hasta que sonó la hora del verdadero peligro. Sitiado Buenos Aires, rotas nuestras falanges en San Gregorio, perdida toda su esperanza de un avenimiento honroso, la situación era casi desesperada: entonces el general Paz aparece por última vez en la escena pública para salvar á Buenos Aires, para acompañarlo hasta el día del triunfo, y retirarse después modestamente á la obscuridad de la vida privada, pobre como ha vivido, pobre como ha muerto.

Pero, al menos, ha muerto en el seno amoroso de la patria, ha muerto á la sombra de su vieja bandera, en medio de los suyos, rodeado del amor, de la veneración y de las bendiciones de todo un pueblo que le ha acompañado en su lenta y dolorosa agonía, y que le acompaña hasta este momento en que va á descender para siempre á la mansión misteriosa del sepulcro.

¡Leve le sea la tierra de la patria que tanto amó! Al darle nuestro último adiós á las puertas de la eternidad, rieguen nuestras lágrimas esa gloriosa tumba, para que, como se dijo al borde de un sepulcro húmedo todavía, nos las retorne en esas misteriosas bendiciones de los muertos que alientan la virtud cuando flaquea, la energía cuando desfallece y la perseverancia cuando desespera.

¡Adiós por siempre! ¡¡Gloria en el mundo y paz en el sepulcro á las cenizas del brigadier general argentino don José María Paz!!

XI

ACUÑACIÓN DE MONEDA

DISCURSOS PRONUNCIADOS
EN LA CÁMARA DE REPRESENTANTES DE BUENOS AIRES
EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1854
SOSTENIENDO EL SIGUIENTE

PROYECTO DE LEY:

Art. 1. Se autoriza al P. E. para que la Casa de Moneda proceda á comprar pasta de oro y plata, y sellar moneda de los mismos metales de la clase y bajo las condiciones que se establecen en la presente ley.

Art. 2. La moneda de oro será onzas de peso y ley igual á las españolas, es decir, 15 adarmes, ó 540 gramos y 21 quilates, ó sean 875 milésimos.

Art. 3. El cuño de la moneda de oro tendrá en el anverso las armas del Estado rodeadas de la inscripción «Estado de Buenos Aires», y en la parte inferior la ley y el peso: en el reverso las palabras «una onza», orladas con dos palmas de oliva, y en el contorno la leyenda—«Grande por su comercio.» En la parte inferior del reverso el año de la acuñación.

Art. 4. La moneda de plata será pesos de igual ley y peso que los españoles, es decir 15 adarmes ó 540 gramos, y 10 $\frac{3}{4}$ dineros, ó sean 895 $\frac{5}{6}$ milésimos.

Art. 5. El cuño de la moneda de plata será el mismo que el de la moneda de oro, variando sólo las palabras una onza, por el de un peso.

Art. 6. La Casa de Moneda avaluará la pasta de oro